

ticulares y reconocer que el naufragio ha sido general, siendo en su consecuencia necesario que se trate por igual á acreedores y á deudores. Como cuestión, pues, de igualdad y de equidad se acordó que las deudas se pagarían por tercios. El primero al mes de haberse contraído la deuda, el segundo al cabo de un año, y el tercero al cabo de dos años más. Esto se votó en 30 de Noviembre de 1796, pero sólo para las deudas anteriores al año 1792. La segunda parte de la proposición pasó después de un enérgico discurso de Duprat, cuya conclusión era que la diferencia que resultaba en el pago debía venir á cargo del Estado ya que era éste quien era la causa del mal por no haber sabido mantener el precio del papel por todo su valor. Votóse, pues, la reducción conforme á la cotización del día en que se contrajo la deuda. Pero con esto no quedaba la cuestión resuelta. Era necesario ahora publicar para cada departamento, los cuadros de cotización que sólo el gobierno tenía á mano, y aun con esto no se allanaban todas las dificultades, pues dado que el Estado había impuesto su papel á los ciudadanos no era justo que el Estado beneficiase ahora de una reducción que hacía necesaria su mala administración. Y no queremos continuar exponiendo los múltiples incidentes y distingos que resultaban de la aplicación del principio votado. Así es que las buenas intenciones quedaron rendidas con tanto batallar para alcanzar un fin que les escapaba sin cesar, y con esto quedó de nuevo paralizada la obra de la restauración social.

Este abandono de la cuestión más vital para el régimen interior de Francia, pues la paz, la seguridad, la tranquilidad de las familias dependía de su solución causó el más triste efecto en la opinión, acreditando la idea de que el Directorio no era el fin de la revolución sino la revolución misma, ya que el Directorio no podía corregir lo que de malo había en la obra revolucionaria. Esto produjo una exasperación cada día mayor y lo mismo en el país que en las Cámaras se acentuó la oposición al gobierno como si éste fuera el causante de todos los daños.

Bien es verdad que el Directorio fué impotente para presentar un presupuesto nivelado, pues la obra de Treillard arrojaba un déficit de cuatrocientos setenta y un millones que, naturalmente, resultaban de la continuación de la guerra, causa de una política comercial desastrosa, pues no sólo se continuaron secuestrando por todas partes las mercancías inglesas, sino que por consecuencia del reciente tratado de comercio entre América y la Gran Bretaña,

se declararon nulos todos los tratados franceses con la gran república de 1788, de modo que quedaba planteada una nueva guerra, cuando el país deseaba ardientemente la paz.

Así es que á despecho de las grandes victorias de Bonaparte, el deseo de liquidar con todas las potencias el balance revolucionario era cada día más intenso, porque las naciones viven de pan, y no de gloria militar ó de otra clase de gloria cualquiera.

Comprendía el Directorio de sobras cuál era su situación, y cuál la que amenazaba la república para Marzo de 1797, época en que nuevamente debían consultarse los colegios electorales para renovar un nuevo tercio de convencionales. Hasta aquí los dos tercios, dominados por su adhesión á la obra que habían realizado á costa de tantos sacrificios y peligros, estaban siempre dispuestos á sacrificarlo todo por la república, pero, ¿qué sucedería si las elecciones diesen el resultado anterior? Todo hacía presentir que los colegios electorales darían nuevamente la victoria á los moderados. El país estaba postrado, el pueblo iba retirándose cada vez más al ver que ya sólo servía para carne de cañón, y los realistas explotando ese cansancio del país lo disponían todo para que su triunfo fuera completo.

Resolvió, pues, el Directorio prevenir su derrota. Durante todo ese tiempo la cuestión política batallona era la de los emigrados. Los realistas instaban su separación y el Directorio ponía oídos de mercader á las más de las peticiones. Si la sed del oro le hubiese movido, ¿quién duda que los 15.000 postulantes no hubiesen sido radiados de las listas de proscripción? Esto debió no olvidar Sybel al indicar que había una tarifa para las radiciones. Pudo haber su agiotaje en esto, pero nada más.

El Directorio resolvió no ceder, y en la Cámara de los Quinientos, ni Boissy d'Anglas, ni Thibaudau, ni Pontecoulant consiguieron que fuera abogada la ley de 3 Brumario que Lariviere llamaba «maldita» en medio de los denuestos de la Asamblea. Fué, con motivo de esta discusión, cuando Bailleul, —19 de Octubre de 1796,—después de hacer ver á sus colegas que los moderados llamaban ahora revolucionario todo lo que les contrariaba, como en 1793 los terroristas llamaban realista á todo lo que se les oponía, les indicó que era necesario resistir á todo trance su actitud peligrosa para las instituciones, pues se quería ir poco á poco rodeando al Directorio de enemigos que unos tras otros se apoderaban de todas las posiciones oficiales. Si esto continuaba por más tiempo,—decía Bailleul,—¿qué sucederá? Que «el Directorio, llevado de su amor por

la patria y la libertad, pero privado de todo apoyo por parte de la Administración civil, se verá obligado á recurrir á las tropas para domar una Asamblea legislativa en la cual los partidos se han mostrado tan intratables. ¿Y los patriotas entusiastas, no se verán obligados para defenderse á recurrir á medios ilegales?»

Hé aquí una previsión del porvenir que entonces pasó desapercibida y que luégo se ha recordado como un signo de las ideas reinantes en la época. Contra las Asambleas realistas la república tenía aún en sus manos el ejército. Esta discusión terminó con una especie de transacción, con una amnistía para todos los delitos políticos de la época revolucionaria, exceptuando solo los que habían incurrido en pena capital. Emigrados y revolucionarios salían ganando.

Quiso igualmente el Directorio poner trabas á la prensa realista que lo trataba con singular dureza, y el 23 de Octubre pidió medidas represivas que naturalmente la derecha por órgano de Boissy d'Anglas, se apresuró á negar por cuanto «la libertad de la prensa era la más segura garantía de la Constitución.» Pastoret, decía, «como se acercan las elecciones, se quiere ahogar en la nación la libertad de discusión.» Lecomte, decía: que de lo que se trataba, era de poner correctivo á los que acusaban al Directorio, ora de realista, ora de partidario de Baboeuf, y que se complacían en enunciar una y otra vez la derrota de Bonaparte.

Daunon, encargado de proponer la solución que debía darse á la proposición del gobierno, presentó tres puntos ó resoluciones. Por el primero se prohibía que los vendedores públicos vocearan los títulos de los periódicos y lo que contenían. A esto se accedió. Segundo, que se prohibiese la publicación en los periódicos de las sesiones de las Cámaras por lo que salían desfiguradas, y que se retirase á los periodistas su puesto en las tribunas de los cuerpos deliberantes. Esto casi estuvo á punto de naufragar en los Quinientos, pero pasó. En el Consejo de los Ancianos se rechazó, sin embargo, sin discusión, y con el consiguiente y natural desprestigio del Directorio. El tercer punto, ó sea el de la represión de los delitos cometidos por medio de la prensa, dió lugar á largos y animados debates, porque siempre que se trata de esta materia, la dificultad invencible resulta de fijar en donde empieza y en donde acaba la crítica razonada y justa. Pero de lo que se trataba á la sazón, era de poner la honra de los ciudadanos á cubierto de una prensa procaz que de nada gustaba tanto como de los escándalos personales. Poner re-

medio á estos excesos es peligrosísimo siempre, por que á fuerza de querer proteger la vida privada se cae en el más salvaje despotismo, máxime, cuando los tribunales gustan de esa sabrosa comidilla de la maledicencia, ó son parciales ó injustos al tratarse de los grandes funcionarios públicos como sucedía entonces por odio al Directorio. La Comisión, pues, propuso medidas de represión hasta inverosímiles, y esto dió por resultado que fracasara el proyecto en medio de la rechifla de esa prensa descoada y procaz, que solo se contuvo al ver preso al abate Brotier,—6 de Febrero de 1797.

Cobró el Directorio en esta ocasión nuevos alientos para tratar de amordazar la prensa á la que ya se amenazó por sus amigos desde el día 6, y al día siguiente vino la comisión proponiendo una nueva ley de imprenta más feroz que la anterior y que ahora apoyó con gran calor Dubois-Crancé, quién, además, hizo votar por los Quinientos un mensaje al Directorio, encaminado á que se aplicara con todo rigor la ley del 16 de Mayo contra los que provocan con sus escritos culpables conspiraciones. La oposición de la derecha fué ruda, y los oradores del Directorio demostraron que todavía eran convencionales, pues si ahora se disponían á votar la severa ley de imprenta que la conspiración realista autorizaba, era para votar al día siguiente otra ley contra los curas, y al otro, otra contra los emigrados que habían regresado. La ley fué votada el 28, pero el Consejo de los Ancianos la puso de reserva y no dió dictamen su comisión, naturalmente, en contra, hasta después de pasadas las elecciones.

El Directorio, para obtener la tan deseada ley de imprenta, había recorrido á un medio inconcebible, puesto que tarde ó temprano, pero siempre antes de que los Ancianos resolvieran, había de ponerse en claro, esto es, presentó á la Cámara gran número de informes de la policía departamental, de los que resultaban que los realistas promovían por todas partes perturbaciones sangrientas. En tiempos de la Convención, por este medio se podía obtener un decreto revolucionario, pero ahora con las dos Cámaras esto no era posible. Así sucedió, que se fueron desmintiendo uno tras otro los informes de la policía, quedando el Directorio en el triste lugar que es de suponer. Con esto, el Directorio acabó de desconsiderarse, y por si no fueran bastantes tantos desatinos para dominar la opinión que tan mal se sabía dirigir, emprendió luégo una campaña contra los electores que de seguro fué la causa principal de la derrota de sus partidarios.

Principió por recordar que la ley de 18 de Agos-

to de 1795, excluía á todo acusado criminal de la participación en las elecciones, y como por las leyes existentes los desterrados, lo son á perpetuidad, pues su lista equivale no solo á su acta de acusación, sino de condenación, por todo esto Merlin de Douai declaraba excluidos de las listas á todo ciudadano inscrito en las de los emigrados. Dumolard vió claro que por este medio el gobierno iba á alejar de las urnas á sus enemigos, porque nada más fácil que obtener de la policía las inscripciones convenientes en las listas de emigrados, que luégo por injustas que fueran, eran difíciles de borrar, así desde el día en que apareció el Decreto de 10 de Marzo, interpeló al gobierno en los Quinientos para probarle que lo dispuesto por su decreto era inconstitucional, viniéndose, por fin, á una transacción por la que se convino que los pretendidos emigrados que habían obtenido una radiación provisional, serían admitidos á votar.

Este nuevo fracaso inspiró al Directorio la extravagante idea de exigir á los electores el juramento de odio á la monarquía y á la anarquía que debían prestar todos los funcionarios públicos, nuevamente la derecha atacó por inconstitucional la medida, la izquierda se alborotó, y al fin se convino en que en vez del juramento se pediría á los electores una simple declaración de obediencia y adhesión á la república.

Todo, pues, le sabía mal al Directorio, y hasta se comprende que cuando un gobierno muestra temor al cuerpo electoral, éste paga las desconfianzas del gobierno con la más enérgica repulsa. No cabía, pues, esperar un resultado favorable, ni áun menos malo que el de las elecciones anteriores, y esto era lo que hacía decir á Dubois-Crancé, que lo dijo en

plena Asamblea, á Rebwel y Barras, que los patriotas se verían obligados á correr á las armas para salvar la república.

Las elecciones de primer grado fueron en extremo concurridas y desde luégo se significaron en contra del orden de cosas reinante. Los jacobinos en el Mediodía y los realistas en la Vendée, acudieron á la violencia para asegurar el triunfo de sus candidatos. La elecciones de segundo grado,—9 de Abril,—dieron un tercio de diputados más, casi en masa al partido moderado. Desde este día el Directorio no pudo ya pensar en tener mayoría en el Consejo de los Quinientos.

«Una parte de los nuevos diputados eran francamente realistas, dice Sybel, los de París y de Versalles, por ejemplo, lo mismo el general Pichegru, elegido en su país, y que por su energía y talentos llenaban de esperanzas á sus amigos y á sus adversarios de desconfianza y temor. Pero la gran masa de los representantes nuevamente elegidos pertenecía á la opinión dominante, los cuales, sin predilección por una forma de constitución particular ó por una persona determinada, no deseaban más que el reposo y la seguridad legal, temiendo por encima de todo toda violencia revolucionaria, y por consiguiente profesaban un igual horror por la revolución que por la contrarrevolución, eran, como decía Dubois-Crancé, hombres gastados por la tempestad revolucionaria, que el temor del terrorismo inclinaba á las ideas monárquicas.»

Estos hombres eran los que iban á dar al Directorio en reemplazo de Letourneur, que por suerte le tocó salir, al diplomático, Barthelemy, y á la presidencia del Consejo de los Quinientos al general Pichegru.



CAPITULO VIII

LEOBEN

Estado de los ánimos en Viena.—Thugut único partidario de la guerra á todo trance.—Irritación del bajo pueblo.—Lo que quería Thugut.—Los aliados de Austria.—Política prusiana.—Cree poder reconciliarse con el Czar.—Indignación de Pablo I al conocer los tratos entre prusianos y franceses.—Revélese todo á Austria.—Van as amenazas de Rusia á los prusianos.—Decídese Pablo I por la paz.—Intenta Prusia reconciliarse con Austria.—Inglaterra puesta de intermediaria.—Thugut no acepta la mediación ni de unos ni de otros: resuelve negociar la paz directamente con Francia.—Avance de Bonaparte sobre Leoben.—Combates gloriosos de Massena.—Ocupase á Leoben el 7 de Abril de 1797.—Llegan los enviados austriacos.—Quedan cortadas las comunicaciones entre el archiduque y los generales del Danubio.—Asegura Bonaparte su retirada.—Concede Bonaparte un armisticio de seis días.—Sus condiciones de paz.—Mack en Viena.—Veleidades de resistencia á todo trance.—Situación del Veneto.—Levantamiento de Bergamo y Brescia.—Kilmaine y Lahoz sofocan el movimiento.—Manda Bonaparte á Junot á Venecia.—Cómo Bonaparte procura cargar á otros lo que prepara contra Venecia.—El embajador francés Verninac.—La paz con Cerdeña.—Recibe Bonaparte noticia de que van á entrar en campaña los ejércitos franceses del Rhin.—Las negociaciones de Leoben.—Firmanse los preliminares de la paz: día 18 de Abril.—Ratificación de los mismos: 8 de Mayo.—Thugut comunica los preliminares de la paz á Rusia.—Niégase á comunicarlos á Inglaterra.—Hoche en campaña.—Denuncia el armisticio el 13 de Abril.—Reorganiza su ejército: Apoya á Moreau.—Batalla de Merveldt.—Avanza hasta Francfort.—Notifícasele la paz de Leoben.—Desaix pasa el Rhin.—Avance de Moreau.—Detiene la marcha del ejército.—Carnot decide al Directorio á que rectifique los preliminares de Leoben.—Retírase el ejército francés de Austria.—Concéntrase en el Veneto.—Cómo recibió el Senado francés al ayudante Junot.—Las pascuas veronesas.—Cómo trataron los franceses á Verona.—Fusilan al conde Emilio.—Saqueo de la ciudad.—Langier quiere entrar el 25 de Abril en Venecia con su cutter de guerra.—Ancla y saluda la plaza.—Intímasele que salga inmediatamente.—Se rompe el fuego.—Muerte de Langier.—Retírase el buque.—Cae en poder de los dálmatas.—Baraguay de Hilliers llega á Mestre.—Pánico de los venecianos.—Ordena Bonaparte que se retire el embajador de Francia de Venecia.—Amenaza Bonaparte con atacar la ciudad.—Cede á todo el dux Manin.—Retírase Bonaparte á Milán.—Recibe los embajadores del Senado veneciano.—Cómo les engaña.—Revolución democrática en Venecia.—El secretario de la embajada francesa Villetard la protege.—Los jefes del movimiento.—Se aleja á los batallones de esclavos.—Pide Morosini la entrada de los franceses.—El Dux propone la abolición del gobierno aristocrático.—Lo acuerda el Senado.—Avístanse sus representantes con Villetard para establecer el gobierno democrático.—Apuros de Villetard.—Comunica sus resoluciones.—El último día de Venecia: 12 de Mayo de 1797.—Insurrección del pueblo veneciano. Saquea las casas de los demócratas.—Entran los franceses en Venecia.—Paz impuesta á Venecia.—Sus condiciones.—Queda el Veneto sin gobierno central.—El municipio de Venecia quiere reemplazarlo.—Ratifica el tratado de Paz.—Thugut se espanta al saber lo ocurrido en Venecia.—Modifica los preliminares de Leoben.—Bonaparte acepta la modificación.—San Gallo decide á Thugut que acepte las proposiciones de Bonaparte.—Revela éste sus planes al Directorio.—Apodéranse los franceses del Archipiélago Jónico.—De qué manera.—Se apoderan del arsenal de Venecia.—Situación de Génova.—Manejos de Faypoult.—Prepara la revolución democrática.—Los jefes demócratas de Génova.—Estalla la revolución.—Su triunfo.—Cede el Senado.—Insurrección popular espontánea.—Restablece el gobierno aristocrático.—Muerte de Doria.—Bonaparte envía á su ayudante Lavalette al Senado con sus condiciones.—Sométese Génova.—Thugut se apodera á su vez de la Istria y de la Dalmacia.—Bonaparte lo consiente: por qué.—Sus grandes deseos de paz.—Thugut los conoce y quiere sacar partido.—Reserva de Bonaparte.—Cómo va interesándose por la política de Francia.—Inglaterra busca por su parte la paz.—Sublevación de la marina inglesa.—Sus antecedentes.—Inmenso peligro que corre Inglaterra.—Crisis bancaria de Inglaterra.—Cómo dominó uno y otro peligro el patriotismo británico.—Pitt reclama enérgicamente la paz.—Sus concesiones.—Malmesbury en Francia.—Bonaparte apresura la conclusión de la paz en vista del estado político de Francia.

UNA semana después de las elecciones que tan amenazadoras resultaban para la paz interior de Francia, se firmaban en Leoben los preliminares de la paz general.

Cuando la carta de Bonaparte llegó á Viena, en esta ciudad reinaba una consternación general. Todas las ilusiones se habían desvanecido, y la prudente estrategia del archiduque era tachada de inca-